

EN DEFENSA DE LA VIDA.

Andrés Aylwin Azócar.

Antonio es un joven de veinte años que vive en una población periférica de Santiago; el año pasado abandonó el liceo y actualmente no trabaja y tampoco ha tenido la posibilidad de ampliar sus estudios. Los días en su vida transcurren iguales unos a otros, mientras acumula frustraciones frente al desfile de oferta consumista que se presenta ante sus ojos, a la que difícilmente podrá tener acceso. Seguramente por curiosidad, al principio, y después como una forma de evadirse del futuro que se le presenta mezquino y sin horizontes, Antonio se ha vuelto consumidor habitual de "pasta base".

Esta historia humana se multiplica por miles a lo largo de nuestro país, constituyéndose en un profundo drama que está diezmando seriamente el patrimonio más valioso que tiene una nación: su gente y principalmente su juventud.

El caso particular al que hacemos referencia corresponde tal vez al sector aparentemente más vulnerable de la población, es decir al constituido por los jóvenes marginales no ligados a organizaciones sociales y con escaso nivel educacional. Sin embargo, como ya es sobradamente conocido, la adicción a las

drogas es un problema extremadamente complejo y multicausal, que está avanzando peligrosamente en múltiples e insospechados sectores de nuestra sociedad.

Las cifras estimativas en lo que respecta a drogadicción en Chile son preocupantes. Así, por ejemplo, la "Encuesta Nacional de Juventud" nos señala que el 3,3 % de los jóvenes chilenos se encuentran en una fase de "adicción aguda", mientras que el Director de la Pastoral Nacional de Alcoholismo y Drogadicción, presbítero Sergio Nasser, nos revela que " la drogadicción está afectando a más de un millón de víctimas". Por otra parte, este último señala la forma como el drogadicto va perdiendo progresivamente su autoestima, incorporándose a la delincuencia o a la prostitución por su necesidad de conseguir cinco mil, quince mil o más pesos para adquirir especialmente "pasta base" ,substancia altamente tóxica y adictiva. Todo ello, expresa, está conduciendo, entre otras situaciones, a numerosos casos de suicidios.

Pensamos que una reflexión "economicista" hecha, a mayor abundamiento, por el ya nombrado Director de la Pastoral Nacional de Alcoholismo y Drogadicción con ocasión de la "Caminata por la Vida" , merece ser destacada. Dice él que "los alcohólicos y bebedores excesivos le causan un daño anual a la

economía del país ascendente a ocho veces lo que perdió CODELCO por la controvertida operación que ameritó la designación de un Ministro en Visita". Y agrega: " Pues bien, comprobamos que las drogas están provocando en la macroeconomía nacional consecuencias iguales o aún peores".

Hemos conocido informaciones que nos revelan que más de un 3 % de las pensiones asistenciales que actualmente se otorgan, corresponden a personas que han quedado inválidas a consecuencias de las drogas. Otro porcentaje equivalente se asigna a inválidos alcohólicos. Estas cifras, sumadas a dramáticas realidades que nos ha tocado conocer en sectores periféricos, nos llevan a reflexionar sobre las tremendas contradicciones que suelen caracterizar las conductas humanas. Efectivamente, resulta increíble pensar que jóvenes que han sido capaces, en determinadas circunstancias, de sacrificarlo todo por la "defensa de la vida ajena", sean , sin embargo, también capaces de autoeliminarse a cambio de un placer efímero o de una evasión transitoria.

En realidad, no escribiría sobre este tema si no fuera porque en los últimos tiempos hemos visto surgir con gran fuerza un conjunto de movimientos basados en una impresionante conciencia colectiva que afirma con enorme fuerza el valor de toda vida humana y la obligación del conjunto de los hombres y mujeres de

defenderla solidariamente en el barrio, colegio, pasaje o población. El denominador común de todos estos movimientos es que enfocan el problema de la drogadicción, declarada o posible, no tanto en la droga misma, sino en las causas que la provocan y por lo mismo, su acción colectiva se orienta a procurar en todos la conciencia de una posibilidad cierta de una vida digna, alegre, motivadora y esperanzadora.

Con respecto a esta nueva conciencia de que el problema de la drogadicción no es un asunto personal de algunos seres humanos y que, por lo mismo, debe ser afrontado solidariamente por todos como una expresión de defensa de la vida en sí, o si se quiere, como una hermosa empresa de orden colectivo, no es extraño que sólo en la Comuna de San Bernardo, y en el plazo de una semana, nos haya tocado ser testigos de tres expresiones públicas de organizaciones comprometidas con una sociedad en donde triunfa la vida sobre la droga.

Con respecto a estas últimas actividades, debo reconocer que a menudo levanto escéptico mi mano en la Cámara de Diputados para aprobar normas legales que aumentan penas o perfeccionan normas sobre procedimientos de investigación judicial relacionados con las drogas. Sin embargo, tuve una sensación absolutamente diferente cuando en la Casa de la Cultura de San Bernardo y bajo el



lema "Quiero Mi Vida" presencié la solemne investidura de 220 nuevos "monitores" decididos a promover y visualizar en todos los jóvenes y niños de sus barrios una forma de vida alegre, solidaria y motivadora. Me pareció percibir en tal conducta un sentido heroico de afrontar el mal pues, en definitiva, la fuerza de la luz es la única capaz de vencer la obscuridad.

En conclusión, la comunidad nacional se ve hoy nuevamente enfrentada al gran desafío de defender la vida. Ello supone proyectar una forma de convivencia y un mensaje motivador para los hombres y mujeres que se encuentran en una situación de riesgo frente al flagelo de la droga. La magnitud del problema implica una enorme movilización de la conciencia colectiva, dispuesta a demostrar en los hechos que toda vida humana puede realizarse digna e integralmente. Nos alegramos que existan algunos signos alentadores en este aspecto. Deber de todos es promoverlos y robustecerlos.

C:/DEFENVID

Publicado el 08 de diciembre de 1994.-